



Guillermo
de Ockham
Ciencias
humanas, sociales y económicas

Campo de Marte

Técnica: Acrílico, polvo de oro sobre lienzo
Dimensiones: 120 ancho x 60 alto.

Descripción:

Algunas personas observan en los contrastes de luz y sombra, de colores cálidos y fríos, un escenario submarino y otras se sumergen en un campo cósmico donde aparecen destellos de luz y tensiones entre puntos, líneas y curvas que le dan movimiento a su composición.

Mundos populares entre el desplazamiento y el poblamiento*

Memorias e interculturalidades en el Distrito de Aguablanca de Cali

***Popular worlds between the displacement and the settlement
Memories and multiculturalism in District of Aguablanca in Cali***

Jesús Darío González Bolaños

Resumen

El presente artículo, que se desarrolla en el marco de la investigación *Memorias, identidades y poblamiento en el Distrito de Aguablanca. Desplazados y territorialidad en Cali, Colombia*, se propone problematizar, desde las perspectivas de la memoria, el asunto de las políticas urbanas en Colombia a instancias de los procesos de desplazamiento rural y poblamiento popular en las ciudades, que se constituyen en dos caras de la misma moneda: la del conflicto social y armado en Colombia, y la de la construcción material y simbólica de las ciudades colombianas por parte de los sectores populares. Este proceso se da en medio de circunstancias de violencia y despojo generadas por elites minoritarias que no sólo excluyen materialmente a grandes franjas de interculturalidad popular concentradas en las ciudades sino que movilizan una extendida cultura del olvido como factor para gobernar con

base en políticas de marginalización, victimización y denegación de la ciudadanía.

Para desmadejar este ovillo de las memorias de la interculturalidad popular se procederá a: (1) presentar el asunto de la memoria social desde un punto de vista conceptual; (2) situar el tema de la memoria en el contexto de Santiago de Cali y el Distrito de Aguablanca como tejidos interculturales; (3) ubicar algunos puntos de partida epistémico-prácticos que operan como factores contenedores y distorsionadores de los modos de vida y la interculturalidad popular; y (4) identificar algunas tentativas de la memoria respecto del territorio urbano y sus implicaciones en las hipotéticas políticas públicas que abordarían conflictos sociales y culturales presentes y futuros.

Palabras clave: Cali, memoria social, desplazamiento forzado, poblamiento urbano, interculturalidad popular, políticas urbanas.

• Fecha de recepción del artículo: 01-08-2012 • Fecha de aceptación: 31-08-2012

JESÚS DARÍO GONZÁLEZ BOLAÑOS. Trabajador social de la Universidad del Valle, especialista en Comunicación y Cultura, especialista en pensamiento político contemporáneo, magíster en Filosofía de la misma universidad. Miembro del grupo de investigación Interinstitucional Pirka: Políticas, culturas y artes de hacer. Correo electrónico: jesusd23@hotmail.com.

* Este artículo es un avance de investigación del proyecto: Memorias, identidades y poblamiento en el Distrito de Aguablanca. Desplazados y territorialidad en Cali, Colombia. El cual se viene desarrollando en la Universidad de San Buenaventura, Cali, en convenio con la Fundación Paz y Bien y la cooperación internacional de la Federación Internacional de Universidades Católicas y su Centro Coordinador de la Investigación (CCI-FIUC).

Abstract

This article is developed in the context of research on “Memories, identities and population in the District of Aguablanca. Displaced and territoriality in Cali, Colombia” intends to problematize, from the perspectives of memory, the issue of urban policies in Colombia at the request of the processes of rural displacement and popular settlement in cities that constitute two sides of the same coin: the social and armed conflict in Colombia, and material and symbolic construction of Colombian cities by the popular sectors. This process occurs under circumstances of violence and dispossession generated by minority elites not only materially but exclude mobilize a widespread culture of forgetting like factor to govern large swaths of popular intercultural concentrated in cities through policies of marginalization, victimization and denial of citizenship.

To unravel this horizon of reports of popular multiculturalism will proceed to: (1) to raise the issue of social memory from a conceptual point of view, (2) to place the issue of memory in the context of Santiago de Cali and district of Aguablanca as intercultural tissues, (3) to locate some starting points epistemic and practical operating as containers and distorting factors lifestyles and multiculturalism popular and (4) to identify some attempts of the memory about the urban territory and its implications in the hypothetical public policies that would address social and cultural present and future conflicts.

Keywords: *Cali, social memory, forced displacement, urban settlement, popular multiculturalism, urban policies.*

Presentación

*Yo te dije que volvería al campo santo
a brindarte mi sentimiento y mi cariño
y el tesoro de la pureza de mi llanto
sobre la tierra donde mi amor vive contigo.
Porque nosotros los que llevamos por bandera
por estandarte la condición de la pobreza
cuando queremos nuestra pasión es verdadera
no hay quien nos gane, amar
es nuestra gran riqueza.*

TITE CURET ALONSO

Dos de los puntos recurrentes de las agendas de conversaciones entre el Gobierno y la insurgencia para iniciar un camino de negociación política y reconciliación en Colombia —después de décadas de confrontación, desplazamientos forzados y genocidios— se relacionan con las víctimas del conflicto y la reforma agraria. Sin duda, ambos temas están anclados en preocupaciones y anhelos de importantes sectores de la población, y, sin embargo, por momentos se siente que se sigue buscando los muertos río arriba pues no se pone sobre la mesa de una posible política pública de paz el tema de las víctimas del conflicto armado en las ciudades; víctimas ya asentadas por décadas en la vida ciudadana, que no paran de llegar aún y que ya se han reubicado en nuevos territorios urbanos configurando ahí un gran conglomerado de afectados por el despojo, la persecución, la exclusión, la estigmatización y el abandono estatal.

Sobre esa circunstancia que fácilmente podemos constatar en los cinturones de miseria y en los semáforos de las ciudades colombianas es necesario aproximarnos al *tropos* de la memoria para retomar para la reconstrucción del país los contenidos de la memoria social de la migración de los campos a las ciudades, del desplazamiento forzado y la expropiación; pero también de los procesos de descomposición del campesinado en las culturas urbanas que se dan en el marco de los reasentamientos populares y los nuevos poblamientos urbanos. Dinámicas que nos ponen de frente a la emergencia de un país principalmente urbano en el cual surgen nuevas identidades, demandas y movilizaciones colectivas, que son centrales en la consideración de las estrategias de reconstrucción del tejido social y que cualquier agenda nacional está en mora de privilegiar.

Para reconocer estas emergencias que se evidencian como desplazamientos culturales profundos es fundamental promover un conversación reposada sobre la memoria social de los procesos de desplazamiento-poblamiento con habitantes y organizaciones sociales y comunitarias que han estado asentadas sobre la implosión de las estructuras agrarias y la explosión de los escenarios populares en las ciudades colombianas, en la perspectiva de reconocer en las voces de quienes han vivido la dialéctica de este trayecto de país puntos de vista sobre las enseñanzas que deja y sobre los horizontes que posibilita. Sobre todo pensando en que la

experiencia, a simple vista catalogada como una calamidad, puede dejar también importantes aportes al país respecto de las formas de constitución social colectiva de las ciudades a partir del referente de las culturas regionales, locales y populares; asunto que será de gran importancia en el diseño de una sociedad viable que acude a las reservas morales de la autocrítica y a la capacidad de recrear sus formas de integración y organización cultural, política y económica.

Para avanzar en este propósito, el proyecto *Memorias, identidades y poblamiento en el Distrito de Aguablanca. Desplazados y territorialidad en Cali, Colombia*, ha iniciado un proceso de conversación y reflexión con pobladores del Distrito de Aguablanca, situado al oriente de la ciudad de Santiago de Cali, enclave popular formado en los últimos cuarenta años que porta una fuerte presencia afrodescendiente, pero que integra múltiples expresiones culturales del sur del país que ponen de presente el mundo andino rural, las culturas de río, las culturas de enclave selvático, entre otras, que potencian la diversidad y la mezcla cultural. En ese diálogo vamos caminando en la comprensión de las transformaciones culturales que se van dando en un importante territorio urbano del país a partir del aluvión migratorio causado por las múltiples violencias y sus respectivas oleadas de desplazados.

El presente texto da cuenta de los referentes de inicio de esa conversación etnográfica, y para ello se procederá a presentar el asunto de la memoria social desde un punto de vista conceptual; a situar en el eje de la memoria, en el contexto de Santiago de Cali y el Distrito de Aguablanca, los tejidos interculturales; a ubicar algunos puntos de partida epistémico-prácticos que operan como factores contenedores y distorsionadores de los modos de vida y la interculturalidad popular; y a identificar las tentativas de la memoria respecto del territorio urbano y sus implicaciones en las hipotéticas políticas públicas que abordarían conflictos sociales y culturales presentes y futuros.

Convenciones contra la memoria. Debates más allá de la historia y la cultura

Jajajá. Sí yo les cogí la camiseta y la gorra, pero yo no me quise meter en esa conversa, porque eso de

que lo pongan a uno a hablar del pasado como si uno fuera lora, pues a mí no me gusta mucho. A los viejos nos quieren poner a hablar de cómo eran las cosas antes, pero no quieren que discutamos lo de ahora; tanta pilatuna que pasa. Entonces yo mejor vengo y escucho, pero no digo mucho [...] yo dejo mis recuerdos pa' mí, pa' mi gente, eso lo guardamos es aquí debajo del sobaco. Si nos quieren dar que nos den, pero yo más bien me hago el ronco, el mudo mejor dicho, jejeje [...]

A propósito de esta reconstrucción del parlamento de un adulto mayor en condición de desplazamiento al salir de una reunión en la que estuvo silencioso mientras lo invitaban a hablar como un sabiondo de la memoria del horror, pensemos un poco algunas expresiones cotidianas sobre la memoria en nuestro medio, incluso en nuestro medio académico:

1. *"Haga memoria, recuerde"*. La memoria como una acción que trae contenidos de lo inconsciente a lo consciente, la herencia de una lógica binaria que cierra la experiencia, como si de esta se pudiera hablar sin emoción, como si recordar fuera un acto mecánico en el cual sólo operan los hechos y sus representaciones, como si el recordar no fuera también un gesto intersubjetivo armado de redes sentimentales en el que vale tanto lo que se recuerda como lo que se olvida, tanto lo que se dice como lo que se calla.
2. *"Eso queda en la memoria"*. El lugar de la memoria como un sitio en el cuerpo, quizás en el cerebro. Hegemonía de la razón que controla las pasiones y disciplina los cuerpos, y en el campo de la vida colectiva, como si la memoria social fuera un texto terminado y estructurado que sólo resta leer, como si la memoria no fueran las memorias y más específicamente las luchas simbólicas y rituales por establecer un régimen de olvido y recuerdo desde el cual se proyectan horizontes de territorialización, historización y subjetivación que son tres abordajes diferentes de nombrar el gesto desde el cual se proyecta la vida.
3. *"Recuperemos la memoria"*. Ir en búsqueda de un lugar perdido, la pieza que no está, que está afuera y que hay que expedicionar, la linealidad del metro temporal, el cartesianismo del pasado, el presente y el futuro; ir al vestigio, a

la mortaja que simboliza que algo pasó, a veces para esconder que sigue pasando; invitación a que se hable de algo que ya pasó y que tiene que ser un referente de reflexión aleccionadora “para que no vuelva a pasar”, sin abrir claramente la discusión sobre lo que está pasando y sobre lo que se podría construir como deseo respecto de los sucesos venideros; recuperar la memoria como un fetiche del “documento histórico” que es prueba construida según las reglas objetivantes, pero que no logra develar críticamente la experiencia que se dibuja en la trastienda de los acontecimientos.

4. “*No se me sale de la memoria*”. La memoria como un adentro que lucha por no salir, adentrarse en el plano de lo intangible, lo oscuro. Como los hechos están desarticulados, alguna metafísica, alguna ontología tiene que haber que le dé base a las interpretaciones porque si no ¿cómo tendrían sentido? Un adentro que se vive como soledad a cielo abierto; soledad entre la multitud, que aquellos que han vivido la experiencia del horror prefieren asumir en voces roncas, con gestos mudos, que operan como forma de resistencia, pero que también son la base de un vacío existencial, que es dolor en el cuerpo social, que es malestar operando prácticamente en la cotidianidad colectiva que arma ritmos y desarmonías relacionales, anomias si se piensan desde el punto de vista disciplinar.
5. “*Esta es una sociedad sin memoria*”. Como si la memoria fuera un cuerpo o un órgano funcional del cuerpo social; la sociedad pensada como un cuerpo funcional coherente, armonioso, que se auto-organiza y regula a partir de la agenda racionalizada de sus instituciones; la memoria como un dispositivo de racionalización que problematiza la vida en común cuando no aparece como texto legible. El problema formulado como ausencia de memoria –las políticas del olvido– olvida lo que hacen las memorias oficiales que es trabajar con el olvido, o sea manipular las posibilidades de que emerjan diversos lenguajes y sensibilidades haciendo memoria; memorias inscritas en una relación de conflicto y cooperación práctica y que estructuran agenciamientos en disputa por anclar sentidos compartidos de vida.

En síntesis, la memoria entre homeostasis y entropía, entre sistemas y estructuras generadoras de múltiples experiencias intersubjetivas está en disputa constante. Todos estos abordajes movilizadas desde el lugar común de la búsqueda de una ontología –una metafísica de la memoria con la cual se quisiera hacer un solo sentido de lo que son muchas significaciones y expresiones– ocultan la posibilidad del acontecimiento plural y por la tanto extraen la experiencia intersubjetiva de su devenir constitutivo y conflictivo en el cual se sedimenta y se moviliza. ¿Cómo abordar las memorias sociales desde una perspectiva que no se quede atrapada en la búsqueda ontológica de arraigo funcionalista e historicista?

Podría asumirse esta tarea como una práctica cultural y política de sujetos individuales y colectivos que abordan un debate ético y político con su sentido del tiempo y del acontecimiento histórico. La reconstrucción social de la memoria implica establecer una nueva relación creativa con la experiencia individual y colectiva del tiempo, relativizando la matriz lineal de la historia y valorando las posibilidades de un relato vital renovado a partir del reconocimiento de la dialéctica entre recuerdo y olvido. Un escenario de lucha por el sentido de la existencia simbólica; por definición estratégico para el debate sobre la existencia cultural y sobre los procesos de integración y justicia en las sociedades contemporáneas. En ese sentido, la idea de memoria se diferencia del objeto de la historia convencional pues la indagación en el campo de la memoria se orienta más a una perspectiva de reconstrucción vital de la temporalidad, que a una disposición a reconstruir el tiempo vacío de la historiografía.

La idea de reconstrucción social de la memoria histórica cultural rompe con la cuadrícula cartesiana del tiempo lineal que es deudo de la saga del pasado para situarse, desde el punto de vista de Paul Ricoeur (2000), en una dialéctica cultural que opera en una lucha en espiral, implicada también en una discusión existencial y colectiva por los términos de referencia del presente vivido y por el horizonte del destino deseable y posible. Esta primera referencia al marco de la recuperación de la memoria nos lleva más allá de la acción de interpretar el tiempo como un hecho positivo y medible, a un horizonte de recuperar lo memorable de la vida que implica reconocer

el acontecimiento como una experiencia de interpretación que constituye subjetividades y determina campos simbólico-relacionales (Bourdieu, 2001, p. 87).

En ese sentido, la investigación sobre la memoria, más allá de los ejercicios de nemotecnia histórica, requiere un compromiso intelectual con el hecho de un *rememorar colectivo* que implica una exploración de la relación entre la memoria —como constatación de alteridad del tiempo vivido que involucra diversos relieves de la experiencia—, el acontecimiento colectivo y la acción simbólica, que deviene en inconsciente relacional y en entorno cultural. Campo de arquetipos que implican polifonías y heteroglosias (Voloshinov, 1992); es decir, lenguas en uso, contaminadas de luchas por la existencia y sobre todo de disputas por los términos de referencia del existir y por las formas de hacer y habitar entrañablemente el mundo compartido (Benjamin, 2008).

El horizonte conceptual y metodológico de esta exploración investigativa en clave de memoria histórica nos impone romper *el monolingüismo del otro* (Derrida, 1996) para situarnos en una situación pragmática y discursiva del nosotros como un campo relacional de múltiples enunciaciones que, sin embargo, nos cobija en una unidad de lo múltiple en la medida en que fenómenos como el desplazamiento forzado, la perenne migración regional, la descomposición de nuestras matrices campesinas, el poblamiento des-planificado de las ciudades con todas sus manifestaciones de conflicto y sus hibridaciones y contingencias culturales, son un asunto del cual no nos podemos excluir. Son parte de los *aires de familia* (Monsivais, 2000) de nuestra vida en sociedad y, por lo tanto, son parte de los acertijos y los dramas que tenemos por resolver, a veces como tensa deuda, a veces como amable exploración de reconocimiento en la corporalidad de los otros que se constituyen, además, en espejo de nuestros orígenes, trayectos y destinos.

En ese contexto hacer memoria implicaría asumir la conflictiva y contingente relación de destino entre los supuestos del presente, el pasado y el futuro, en una discusión con los tiempos en plural. Hacer memoria es construir un sentido del nosotros, de lo otro y los otros. Es hacer emerger las diversas comunidades de pertenencia y de sen-

tido que se validan como comunidades históricas. Hacer memoria es enfrentar las memorias oficiales y obligadas que determinan representaciones enajenantes de la vida.

En ese plano histórico y político, hacer memoria implicaría recuperar un para-sí-nosotros que permita enfrentar la lógica para-estatal homogenizante del Estado nacional, operador de una maquinaria de historias oficiales y dispositivos del olvido cultural; la del mercado-centrismo de los agentes del capital que promueven una sensibilidad existencial banalizada en el consumo presentista de imágenes y productos desechables; y la lógica militar de los “señores de la guerra”, que cada día agreden más la vida en sociedad con sus infaustas estrategias del terror y violencia incontrolada. Se trataría de recuperar el sentido cotidiano de la vida a partir de las narrativas profanas que habitan el mundo ordinario, reconocer desde esos lugares anónimos diversas versiones de la construcción social a partir de la historia no contada.

Por ejemplo, desde el punto de vista del fenómeno del desplazamiento forzado, hacer memoria implicaría armar-nos un mapa de la identidad propia a partir del recuerdo y el olvido, para producir reflexión colectiva sobre las razones y sinrazones que han animado el peregrinar, el desplazamiento forzado cíclico y los contingentes reasentamientos que nos mueven de un lado a otro, en un país olvidado de sí y de sus regiones; para generar aprendizajes y des-aprendizajes colectivos sobre los conflictos que nos acompañan como tejido de sociedad; y para visualizar e inventar otras maneras de relacionarnos y otras narrativas de la vida en común. Es fundamental encontrar un horizonte de diálogo que permita que aquellos portadores de las memorias del horror encuentren la confianza para sacar sus relatos de debajo del brazo y ponerlos en familia, en función de una tarea de movilización social, cultural y política que ayude a visibilizar los oprobios históricos que se guardan en la intimidad de nuestros cuerpos populares victimizados, que encuentre caminos para que la sociedad haga valer la verdad, la justicia y la reparación; de lo contrario, a pesar de los sofismas institucionales basados en cifras y dispositivos legales, no encontraremos vías para la anhelada reconciliación.

Aguablanca: El desplazamiento forzado, la dispersión étnica-regional y el poblamiento urbano

Vea, hace cuarenta años esto era tierra amarilla, peladeros y pantanos era lo que había. Llegamos gentes de todo color y condición [...]

Y nosotros hicimos el trabajo sucio y montamos la obra negra como se dice,

Y en eso nos echamos años, como dos décadas,

Después pasamos por la obra gris, metiendo mano pasamos de casas de un piso a dos y hasta a tres, casi terminadas pues [...]

En el último tiempo ya se comienza a ver obra blanca, hasta las calles están bien terminadas, dicen que las calles son mejores acá que allá,

Pero ahora que ya todo está listo los que estamos saliendo somos nosotros; así le digo, joven, así han sido y van siendo las cosas [...]

Explorando accidentes de la memoria como el que nos presenta el anterior fragmento –de un poblador dedicado a la construcción de las barriadas– iremos a la saga de la formación del Distrito de Aguablanca, desde mediados de los años setenta del siglo pasado hasta lo que va corrido de la segunda década del siglo XXI; es decir, se explorará aproximadamente un periodo de cuarenta años que implica un memorable aluvión migratorio del campo a la ciudad, con relación al desplazamiento forzado, la descomposición de las culturas campesinas y la dispersión de los enclaves étnicos regionales (negros, indígenas y mestizos). Un proceso de configuración de territorios urbanos populares que producen una reconstitución de la ciudad de Santiago de Cali, en conexión con los profundos procesos de transformación y conflicto de la sociedad colombiana, de predominantes rasgos urbanos, lo que implica la emergencia de nuevos sujetos e identidades sociales ligados a los conflictos de la contemporaneidad.

Aguablanca se encuentra ubicada en el oriente caleño. Ocupa el 18,6 % del territorio de la ciudad, correspondiente a 2.244,57 hectáreas, distribuidas en las comunas 13, 14 y 15, que aglutinan 39

barrios reconocidos y consolidados¹ mediante los diseños de la reforma administrativa de 1988, que conforman un conglomerado humano asentado desde el año 1978 en haciendas de propiedad, sobre todo de extranjeros, que durante buena parte del siglo XX se dedicaron a cultivar arroz, maíz, frijol, soya y millo, entre otros productos. Sobresalieron en el territorio que conforman hoy el Distrito las haciendas El Muro, El Palo, El Triángulo, La Casona (en la comuna catorce), La Cucaracha, Mojica y El Retiro (en las comunas trece y quince).

A finales de los años sesenta del siglo XX, producto de un primer proceso de migración interna en la ciudad, debido a la falta de alternativas de vivienda para amplios sectores sociales que se concentraban en inquilinatos del centro y los bordes de la ciudad –entonces demarcados por la calle 25 al oriente y el piedemonte de las laderas al occidente– se generó una significativa expansión de la frontera urbana copada por barrios populares que fueron paulatinamente potenciados por el fenómeno de las colonias arraigadas, a partir del desplazamiento forzado y la migración regional procedente en su mayoría de Pacífico y el suroccidente colombiano².

En los primeros años de la década del setenta muchas familias (principalmente caleñas) optaron por invadir terrenos en los linderos orientales de la ciudad; otras tantas fueron víctimas de urbanizadores piratas. Construyeron lo que se denominaba comúnmente *cintas largas* o invasiones en los bordes de los nuevos barrios periféricos, como Ulpiano Lloreda, Nueva Floresta, Doce de Octubre, Sindical, Julio Rincón, Antonio Nariño, Primavera, San Pedro, Unión de Vivienda Popular, Mariano Ramos y República de Israel. El deseo de una casa y la falta de una oferta al alcance de la mano hicieron que cientos de familias ocuparan terrenos en los bordes de la Autopista Sur y la Autopista Simón Bolívar, poco aptos para la vivienda, lo cual generó una fuerte presión sobre predios que estaban más al oriente de las nuevas avenidas y creó las condiciones para que se iniciara un tímido reconocimiento oficial de familias y grupos de destechados.

1. En sentido estricto la denominación de Distrito de Aguablanca corresponde a las tres comunas originarias 13, 14 y 15, aunque por las dinámicas poblacionales y urbanistas del oriente de la ciudad, en ocasiones otras comunas como la 21 y la 16 son incluidas en esta denominación o Aguablanca es subsumida en la denominación del oriente de Santiago de Cali.

2. Valle, Cauca, Nariño, Chocó y Putumayo son los departamentos que en su orden han contribuido en mayor medida al aluvión migratorio a la ciudad de Cali y en particular a la conformación del DAB.

Hacia finales de los años setenta e inicios de los ochenta comenzó el proceso de pasar la cerca hasta al antiguo distrito de riego, para lo cual se desplegaron dos tipos de práctica de poblamiento: el primero asociado al loteo pirata que establecía una organización de oferta y demanda, en la cual se agrupaban del lado de la demanda los destechados, ya fueran pobladores de la ciudad habitantes de casas de inquilinato, migrantes por necesidad socioeconómica o desplazados por la violencia; y del lado de la oferta los poseedores de tierras no aptas para vivienda, liderado por propietarios, redes sociales, microempresas políticas y funcionarios públicos, sobre todo los relacionados con obras y servicios públicos. El segundo tipo emergió del movimiento de toma y recuperación de tierras que se movilizaba sobre la base de reivindicar el derecho a la tierra, el cual se encontraba liderado por las redes de colonias, las organizaciones de vivendistas, los grupos religiosos de base e incluso los grupos de insurgencia urbana, que se enfrentaron con la fuerza pública, la policial e incluso con el Ejército, además de los típicos enfrentamientos con los dueños de las fincas rurales que conformaban el distrito de riego; estos últimos auspiciados por los medios de comunicación, que iniciaron la construcción de un imaginario basado en mostrar a los pobladores de Aguablanca como peligrosos.

Estas dos maneras de agenciamiento de barrios y viviendas generaron un poblamiento vertiginoso y conflictivo, que en menos de veinte años alcanzó la cifra de cerca de medio millón de personas, un fenómeno social casi único en América Latina. Poblamiento que se generó en medio de condiciones difíciles para la población: sin trazados viales, sin el diseño de zonas verdes ni comunitarias; sin espacio para la actividad productiva, con lotes sin servicio que se pagaban caros y a plazos, casi sin ninguna regulación y veeduría institucional; sin servicios públicos, sacando agua de aljibes o haciendo largas filas para cargar agua en tarros de una manguera que abastecía a cientos de familias; usando carretillas y camperos piratas para salir y entrar del sector; asumiendo la propia seguridad pues los “agentes del orden” siempre fueron más bien una amenaza de desalojo; con persecución de las instituciones como el Instituto de Crédito Territorial, entidad que entonces se encargaba de la

oferta de vivienda, pero que se constituía más en un dispositivo político de bloqueo al poblamiento; sin escrituras, alumbrando con velas o cambiando votos por redes piratas de energía y agua que transaban los políticos y las mismas empresas públicas; y rellenando una y otra vez los terrenos para enfrentar las inundaciones.

El rápido proceso de expansión ligado al loteo pirata y a la recuperación de tierras en zonas no aptas para la vivienda condujo a finales de los años ochenta y principios de los noventa a la construcción de urbanizaciones oficiales para estratos populares mediante la denominación de “viviendas de interés social o prioritario”. Una manera de generar mecanismos de contención del proceso informal de ocupación del territorio. Esta contención consistía en acompañar la entrega de lotes para autoconstrucción con el establecimiento de organizaciones comunitarias de la población, en torno a la construcción, al mejoramiento de las viviendas, de los servicios públicos y las vías secundarias; así como a las redes de consumo (tiendas y supermercados y ferreterías) y a la instalación de agencias básicas del Estado local (puestos de policía, algunos centros de atención comunitaria, el mejoramiento de escuelas, parroquias y sedes comunales, diseñadas y construidas por la misma población en el periodo de ocupación y domesticación del terreno)³.

Es posible afirmar que estos procesos de poblamiento informal y des-planificados desde el punto de vista urbanístico fueron agenciados por múltiples vectores: a) la presencia de una tercera y cuarta ola migratoria ligada a factores socioeconómicos y de desplazamiento forzado desde diversos anclajes del suroccidente colombiano; b) el crecimiento de la tasa poblacional de la ciudad que aumentó la formación de hogares sobre todo en sectores populares, que demandaba vivienda; c) el desmedido interés de los especuladores de la tierra para vender tierras no aptas para la vivienda, en contubernio con la clase política y funcionarios públicos municipales; d) la ampliación del conflicto armado en la ciudad, a partir de la irrupción de grupos insurgentes y contrainsurgentes, así como la presencia del negocio ilegal del narcotráfico, que potenció la alta militarización de la vida cotidiana de los

3. Es importante subrayar que en términos generales la población organizada diseñó y construyó el equipamiento urbano y las redes de servicios públicos y, posteriormente, llegó el Estado a rectificar o consolidar dichas estructuras.

sectores populares; e) la importante organización de movimientos sociales urbanos, organizaciones ciudadanas y colonias ligadas a la lucha por sus derechos económicos, sociales y culturales, que encontraron una forma de concretar sus aspiraciones en redes y nichos que han tejido alternativas vitales para su sobrevivencia y resistencia en la ciudad. Como se puede observar —a pesar del extendido mito de que Aguablanca se hizo exclusivamente por la dinámica del desplazamiento—, lejos estamos de esa mirada unidimensional. Aguablanca se pobló por expresa voluntad de una gran cantidad de migrantes, provenientes de múltiples procesos sociales, tanto internos como externos. En efecto, la ciudad no fue violentada en su desarrollo “normal”. Es claro que el poblamiento significó una empresa popular vivida como gesta colectiva, organizativa y creativa, de hondas implicaciones culturales, en la cual también amplios sectores de las elites económicas y políticas de la región (con diversos intereses y orientaciones) jugaron un papel en su configuración, actuando con un sentido instrumental y lucrándose con la demanda de vivienda y servicios para la vida urbana de amplios sectores populares.

Inscritos en esas circunstancias, para el año 2010 el Distrito de Aguablanca contaba con una población de 686.229 personas, correspondiente al 31 % de la ciudad. En él se pueden reconocer 39 barrios:

1. **Barrios de la Comuna 13:** Ulpiano Lloreda, El Vergel, El Poblado I, El Poblado II, Los Comuneros, Ricardo Balcázar, Omar Torrijos, El Diamante, Lleras Restrepo, Villa del Lago, Los Robles, Rodrigo Lara Bonilla, Charco Azul, Villa Blanca, Calypso, Yira Castro, Lleras Restrepo II Etapa, Marroquín III, Los Lagos, Sector Laguna del Pondaje, El Pondaje, Sector Asrosocial-Diamante.
2. **Barrios de la Comuna 14:** Alfonso Bonilla Aragón, Alirio Mora Beltrán, Manuela Beltrán, Las Orquídeas, José M. Marroquín II Etapa, José M. Marroquín I Etapa, Puerta del Sol, Los Naranjos I, Promociones Populares B, Los Naranjos II.
3. **Barrios de la Comuna 15:** El Retiro, Los Comuneros I Etapa, Laureano Gómez, Vallado, Ciudad Córdoba, Mojica y El Morichal.

En este espacio de colonización urbana se encuentra una gran riqueza cultural, como lo evidencia la presencia de diferentes grupos étnicos: el 25 % (2398) de los indígenas de la ciudad habitan en el Distrito de Aguablanca; el 50 % (271.3546 personas) de los afrodescendientes del municipio son *distritanos*; de los 707 ciudadanos que se auto-reconocieron como gitanos o pertenecientes a otras minorías, 272 viven en el Distrito⁴. Por tanto, en el Distrito no solamente hay uno de los enclaves afrodescendientes urbanos más representativos de Colombia y Suramérica; también se ha dado ahí una mezcla cultural que hizo posible transformar unos terrenos inundables en espacios de vida para cientos de familias, que han inventado, en medio de la colonización material del espacio urbano, nuevos lenguajes cruzados de dialectos locales y ancestrales, venidos de todas las rutas del país y que aquí se han constituido en formas cotidianas de actualizar las identidades de la ciudad y las maneras de expresión de la caleñidad.

La magnitud de esta gesta popular resalta cuando se evidencia cómo en el inicio del proceso de poblamiento el terreno era inundable, pero en cerca de medio siglo se ha transformado esta realidad en un hábitat urbano con estructuras básicas de servicios. En la actualidad Aguablanca cuenta con 20 puestos de salud, 9 centros de salud y 2 hospitales; 377 establecimientos educativos de primera infancia, 387 para primaria y 286 para la secundaria y media; además, cuenta con 21 bibliotecas, cerca de 15 centros de recreación y 55 sedes comunales y comunitarias, que han soportado en las últimas dos décadas una nueva cohorte de población desplazada y migrante que sobrevive presionando los servicios existentes, pero también explorando nuevas alternativas de vida en la ciudad y, por lo tanto, evidenciando nuevas mutaciones y conflictos en redes y nichos de arraigo popular.

En ese sentido es bueno recordar que a pesar de la transformación urbana tan importante acaecida en el sector oriental de la ciudad se mantienen situaciones de exclusión marcadas: el 59.4 % de los lados de manzanas de estrato 1 de la ciudad

4. Datos del censo de población 2005, procesados por Redatam.

están asentadas en el Distrito, equivalentes a 5102; el 46.3 % de los lados de manzana del estrato 2 se encuentran en el Distrito, correspondientes a 5851; y tan solo el 5.8 % del estrato 3 está en Aguablanca. De los 158.651 hogares que habitan en el Distrito, 27.527 (17.35 %) requieren de una vivienda propia y 11.776 tienen vivienda pero requieren realizarle algún cambio. En el censo del 2005 se hizo una pregunta que intentaba indagar por las condiciones de privación de alimentos, al respecto se encontró que de cada 1000 habitantes del Distrito 68 habían padecido hambre, esto es, 43.216 personas no habían podido comer por falta de dinero.

También se concentra en el Distrito una gran presencia de población en situación de desplazamiento forzado, ligada al último aluvión migratorio. Aunque en la ciudad hace falta una caracterización que permita conocer las dinámicas de este grupo de ciudadanos vulnerados, se sabe que más del 80 % de los desplazados habitan en Aguablanca: el 46.6 % están asentados en la Comuna 14; el 19 %, en la Comuna 15; y el 15 % en la Comuna 21 (Alcaldía de Cali, 2011, p. 32).

Es de fundamental relevancia el hecho de que la demanda de educación básica y media se concentra en este sector del oriente de la ciudad debido a la gran magnitud poblacional infantil, adolescente y juvenil, y que a su vez el mayor déficit de infraestructura pública de educación se sitúa en el Distrito de Aguablanca (DAB), por lo cual se debe recurrir al sistema de matrícula subsidiada con terceros, que en un gran porcentaje no brinda unos mínimos de calidad, situación que se expresa en los resultados de las recientes Pruebas Saber, hechas a las instituciones públicas del sector y que las sitúan en niveles medio bajo y bajo. Se desprende, además, de ese cuadro crítico la ausencia de lineamientos y procesos de etno-educación en las prácticas formativas y la débil oferta de educación especial de extraedad, educación de adultos, técnica, tecnológica y superior. Todos estos aspectos generan una gran problemática de expulsión de la escuela de niños, niñas, adolescentes y jóvenes que pasan a formar cuadros que atentan contra la convivencia, en pandillas juveniles y también, en ocasiones, llegan a formar parte de agentes ilegales y grupos de violencia urbana altamente letales.

Visto así, Aguablanca es un espacio urbano en el cual la mezcla intercultural ha permitido una gran creatividad en el desarrollo de su poblamiento y ha implicado una gran capacidad de gestión social, económica, política y cultural para transformar un territorio inhóspito en un escenario de vida de múltiples familias. A pesar de esto, perviven situaciones de exclusión y estigmatización en tanto se generan permanentemente nuevos factores para mantener y ampliar las brechas, principalmente a partir de su identificación como un escenario que brinda un lugar para la población en situación de desplazamiento, pero que a su vez no encuentra que la acción institucional y estatal aporte en la solución de los nuevos y viejos problemas que la población asume con dignidad y con paciencia, quizás excesiva.

Estas intuiciones se pueden constatar con la simple observación desprevenida de las cotidianidades de las barriadas de Aguablanca: los cuerpos afrodescendientes y mestizos evidencian en su caminar y desplazamiento una festividad de dimensiones trascendentes; la arquitectura propia de este territorio enuncia una espacialidad y una habitabilidad que se vive como *comunitariedad* a cielo abierto, donde todo lugar es usufructuado para el encuentro gregario, en medio de las disputas territoriales. Los sonidos y ritmos urbanos se escuchan en una musicalidad étnica que apropia y redefine las tradiciones orales del Pacífico colombiano. La religiosidad se vive de múltiples maneras a través de rituales cruzados que trascienden las configuraciones eclesiales para situarse en una espiritualidad doméstica, que va de las convenciones laico-religiosas a las magias venidas de las tradiciones rurales. La economía en su informalidad, configura y diversifica conflictivamente sus hábitos de producir, distribuir y consumir bienes, enunciando otras lógicas y formas de comprender el trabajo y el intercambio de productos; las dinámicas de organización ligadas a la gestión de los asuntos colectivos expresan una suerte de anfibia, en la cual se observan formas de participación formal contractual, tal como lo exige y demanda la ciudad oficial y su lógica institucional, pero se mezclan y luchan con formas tradicionales de *comunitariedad* ligadas a la lógica de la minga, el convite, el padrinzago y el establecimiento de colonias por lugares de origen, lo que genera la emergencia de

nuevos relacionamientos familiares, domésticos y de sociabilidad vecinal.

Tenemos, entonces, una ciudad en construcción, en obra cultural, negra, indígena y mestiza. Una ciudad joven que entre sus desplazamientos y reasentamientos vive dramáticamente sus accidentes generacionales; una ciudad con nuevos roles de género y con nuevas formas de familia, religiosidad y *comunitariedad* que guarda interrogantes, dramas y conflictos poco escuchados desde el punto de vista reflexivo y, más bien, bastante estereotipados, estigmatizados e incomprensidos.

Inquieta en la formación de este nuevo hábitat urbano la reconstrucción de las travesías y trayectos de sus pobladores: ¿Cómo llegamos aquí? ¿Cómo armamos simbólicamente y funcionalmente los nuevos territorios urbanos? ¿Qué nuevas formas de ser y estar hemos ido construyendo con los elementos culturales que traíamos ya puestos en estos escenarios marginales de la ciudad? En medio de la pluralidad de identidades, ¿cuáles son las expresiones de identidad que van surgiendo como predominantes? Inquieta en particular cómo esas travesías y trayectos que han devenido en las dialécticas del desplazamiento y reasentamiento, o en la descomposición y recomposición de núcleos étnicos, o en la clave de la des-espacialización y la reterritorialización campo-ciudad, han ido configurando *ethos* que tensionan las formas de convivencia, productividad, solidaridad, espiritualidad y gobernabilidad en la vida de nuestros entornos urbanos.

Interesa reconocer las transformaciones y resignificaciones étnicas, religiosas, generacionales y de género que se han dado en el proceso de poblamiento urbano en el Distrito de Aguablanca, Cali, que no cesa de movilizarse, que tiene cuarenta años apenas y que es por lo tanto dinámico, cambiante, incluso violento, en el sentido de portar una agresividad histórica que viene de atrás, de matrices más profundas y que aún no queremos reconocer entre la obra negra, gris y blanca, de la que habla nuestro poblador en el epígrafe que inaugura este acápite. Este interés, en medio de la lucha por los

colores del poblamiento y su significado vital para la vida de país, implica identificar y llamar la atención sobre los aportes de la población popular de condición migrante y desplazada⁵ a la construcción material y espiritual de una ciudad como Cali, que es por excelencia un tejido intercultural histórico, debido a su lugar dinámico durante más de un siglo de centro político, económico y cultural del suroccidente y del Pacífico colombiano.

La interculturalidad urbana y la contención hegemónica de los conflictos

A mí me gusta ir a esos trabajos, salir de la casa que en medio de todo pues ya está hecha, el rancho está y la papa llega; uno va a ver qué sale, esa gente ayuda mucho y no [...] mi problema es que así como ayudan, desayudan, porque nos tienen ahí y nos organizan para cositas, pero no dejan que nosotros nos organicemos para lo que es [...] mejor dicho dan, pero nos quitan nuestra propia forma de presentarnos porque nos representan, y eso sí que le sirve al Estado, y ahí nos tienen dormidos en el veneno.

Ubicados en ese contexto se ha elegido esta aproximación al asunto del desplazamiento campo-ciudad y a sus implicaciones en la dramática transformación del país en un tejido inminentemente urbano, en el entendido de que una aproximación a un escenario concreto permite superar las miradas abstractas y generalizables a este tipo de fenómenos –interesa inferir lo que nos puede enseñar un sector popular construido en décadas recientes como producto de luchas de población desplazada y migrante–. Sin duda, la magnitud de Aguablanca como fenómeno de poblamiento reciente, y de Cali como principal centro urbano del suroccidente del país, permite reconocer procesos y tensiones que sin ser generalizables *per se*, sí tienen obvia resonancia y sentido para el conjunto de la sociedad contemporánea que habitamos.

En ese sentido, la búsqueda opera en dos registros de recuperación social de la memoria histórica cultural del desplazamiento, reasentamiento y

5. Se consideran aquí dos tipos de fenómeno que coinciden en el proceso de inflamación e hinchamiento de las ciudades colombianas y producen una espacialidad segregada, excluida y estigmatizada en sus márgenes: por un lado, la migración por razones socioeconómicas y desastres naturales, que atiende al proceso de pauperización del campo y a la descomposición sociocultural del campesinado; y, por otro lado, el fenómeno del desplazamiento forzado por razones del conflicto político armado que genera desarraigo entre las comunidades campesinas y su relocalización en nichos urbanos, marcados por la marginalidad y la falta de oportunidades, que incluso implica varios ciclos de desplazamiento interno en las ciudades.

poblamiento urbano: se va en búsqueda de los trayectos largos de la memoria que dicen del peregrinar desde los campos, del pernoctar en la ciudad extraña y del habitar colonizando colectivamente nuevos lugares para la vida en una ciudad propia, labrada en mingas y en medio de conflictos por recursos materiales y por reconocimiento social; además, se desea explorar en la memoria corta qué indican las formas cotidianas, presentes a veces de manera inconsciente, como estructuras de sentir y como pensamientos vividos y caminados, que van enunciando sin proponérselo nuevas emergencias identitarias. Es decir, se espera recrear nuevos territorios, nuevas formas de habitar, nuevas formas de subjetividad ligadas a la pluralización de las formas de vida que radicalizan la interculturalidad en la ciudad; otras maneras de organizar la vida social, de producir, de comunicar y expresar. En esos aspectos estará concentrada la expedición etnográfica que se inicia.

Los alcances de este interés involucran una problematización desde el presente de las formas de configuración de los espacios y las subjetividades urbanas en Colombia. Tendrá que acudir al asunto de la memoria como manera de examinar en los trayectos de la ciudad actual las voces y los gestos interculturales del poblamiento urbano que van y vienen de las formaciones urbanas coloniales y nacionales a las lógicas de las metrópolis globales, de las ciudades indianas y republicanas a las masivas y desbordadas del siglo XXI. Se trata de reconocer en los territorios urbanos concretos la dinámica de construcción de identidades, entendidas en el sentido de Pierre Bourdieu (2007), como sistemas de posición y relación social que determinan la estructuración de actores y campos de sentido, significación y poder.

Ir en esa dirección requiere explorar la interculturalidad popular⁶ del Distrito de Aguablanca como entramado vital de mezclas, descomposiciones y recomposiciones socioculturales que se expresan materialmente en un territorio y un lenguaje que en cuarenta años han colonizado terrenos inundables y los han trocado en una red

de barrios en proceso de consolidación, contra la ciudad planeada y formal, y configurados como el mayor enclave popular urbano del Pacífico latinoamericano, que van al ritmo de los desplazamientos y las migraciones de antes y los de ahora. Esta especificidad es a la vez un elemento paradigmático para la comprensión de las ciudades en relación con conflictos trascendentes en la formación histórica del país.

Y aquí vale la pena remarcar, repetir la pregunta y explorar otras respuestas: ¿Por qué es importante interesarse en esta interculturalidad popular que produce nuevas formas de identidad social urbana?

Porque posibilita comprender la emergencia de nuevas maneras de vivir en la ciudad, entender otros modos de asumir la experiencia urbana; es decir, de observar la re-significación de los lenguajes, de las formas de goce y de fiesta, de las maneras de expresar la fe, de las formas de economía y de aproximarse a la mixtura de las identidades y las costumbres venidas de allá y de acá, que se rozan y ya no se sabe qué permanece como tradición, qué se reforma y se mezcla y sobre todo, qué se transforma a la manera de nuevos arquetipos de construcción subjetiva e intersubjetiva.

Ahora bien, ese mundo popular urbano que hemos caracterizado como intercultural pervive en medio de dispositivos de segregación, discriminación y exclusión. Quizás una de las razones principales de esas circunstancias que generan condiciones de vida críticas para la población y que se constituyen en retos para las políticas públicas y para los agentes de la gestión colectiva y social en la ciudad, radica principalmente en los desconocimientos y en los vacíos existentes en la comprensión de las formas culturales que se han configurado en años de poblamiento popular y en la incompreensión de las diversas formas de establecer las relaciones sociales que resultan en la formación de sujetos individuales y colectivos en este territorio.

En particular, el exceso de miradas estadísticas, administrativas y epidemiológicas sobre la cons-

6. Entenderemos la noción de interculturalidad popular como ese entramado de procesos, relaciones, prácticas, objetos y valores arraigados, reformados y transformados en el marco de los modos de vida constituidos en las fronteras del encuentro entre diferentes culturas locales, enclavamientos, formas étnicas, de género, generación y región; que configuran y definen otros espacio tiempo, donde emergen desigualmente constituidos, en lugares de la diferencia, sujetos sociales que agencian su vida en medio de luchas simbólicas por la identidad colectiva, desplegada en el plexo de las culturas nacionales y globales que hegemonizan la contemporaneidad social.

trucción de los sectores populares urbanos –miradas que, por supuesto, se requieren pero que son insuficientes–, y la existencia de empresas de conocimientos excesivamente parciales animadas por la generalización de micro-estudios sociológicos y de diagnósticos institucionales para propósitos de mediano alcance, ligadas a agencias del desarrollo social que copian *per se* modelos tecnocráticos, ha devenido en una suerte de impase respecto a la posibilidad de abordar esta interculturalidad popular que es diferencia en la ciudad, desde el punto de vista de una mirada de tiempos y alcances largos, hacia un horizonte de inclusión y de valoración intercultural en los agenciamientos públicos y de carácter organizativo, educativo y social que hoy se adelantan.

Y es, paradójicamente, en esos escenarios de la gestión colectiva donde se proyecta la jerga de las políticas sociales de “inclusión” y de “fortalecimiento ciudadano” y donde más se ejerce la violencia simbólica que victimiza en nuevos círculos de exclusión a la población. En el velo del discurso de los proyectos, los programas, los beneficiarios, los aplicativos de la innovación social y la democracia incluyente se configura un espacio de hegemonía que separa y contiene, que hegemoniza la subjetividad popular al punto que lo que ha sido presencia de muchos, acciones a muchas manos, proyectos y sentimientos para miles de cuerpos, termina siendo representado por unas pocas figuras anidadas en el diálogo con los poderosos.

En ese horizonte es fundamental direccionar una empresa de conocimiento, asumida desde una perspectiva integral y cualitativa de aproximación al territorio, entendido como escenario cultural, que se aborda desde el punto de vista de una reflexión sobre el horizonte de la memoria histórica⁷ y de la construcción de identidades socioculturales urbanas⁸ en la perspectiva de contribuir a la re-significación de las prácticas de construcción colectiva en estos nuevos contextos

de vida, entendiendo que más allá de las cartografías y las topologías convencionales, el territorio habitado que es la ciudad se configura a partir del morar urbano que se hace histórico en la medida en que es practicado cotidianamente (De Certeau, 1996), trascendiendo el espacio, las fronteras y las distancias que son percibidas a veces como infranqueables, para retomar el buen hábito de la travesía hacia el otro y lo otro, que implica un poblar simbólico del espacio, algo que no se agota en su ocupación y/o construcción material y que se anida vitalmente generando una complejidad de relaciones entre sujetos y grupos humanos que hacen sentido y re-significan la experiencia urbana.

Sin duda, en la perspectiva de esa empresa colectiva la reconstrucción de la memoria implica un esfuerzo por romper en el diálogo cotidiano con la tradición selectiva del pasado que instaura la memoria oficial y que busca prefigurar el pasado mediante el establecimiento de diques para generar empatías sociales asimétricas y externas a la vivencia de las sujetos y para bloquear las posibilidades de lenguajes e identificaciones que signifiquen comunicación intersubjetiva; es decir, para poner entre paréntesis la vida de comunidad en función de las lógicas abstractas e individualistas. Por el contrario, se va en la búsqueda de una narrativa que no es retórica, que se genera en el hacer del encuentro entre agentes sociales diversos y que está en la búsqueda de un diálogo sobre los conflictos propios de hacerse la vida en entornos populares de la ciudad, que va tras la saga de los sentimientos pensados, o dicho al revés, de los pensamientos sentidos que son constitutivos de identidades negadas una y otra vez por las lógicas burocráticas de las políticas públicas implementadas en el territorio.

Memorias, identidades y conflictos

Es que dígame, antes los señores de los graneros nos venían a armar con fierros a nosotros que estábamos

7. Asumimos la investigación en el marco de recuperación de la memoria histórica; valorando esta tarea de recuperación de la memoria como una práctica cultural y política de sujetos individuales y colectivos que abordan un debate ético y político con su sentido del tiempo y del acontecimiento histórico; para establecer una nueva relación creativa con su memoria colectiva, relativizando la matriz lineal de la historia y valorando las posibilidades de un relato vital renovado, a partir del reconocimiento de la dialéctica entre recuerdo y olvido, como el escenario de lucha por el sentido de la existencia simbólica; escenario este por definición estratégico para el debate sobre la existencia cultural y sobre los procesos de justicia en las sociedades contemporáneas. En ese sentido, la idea de memoria se diferencia del objeto de la historia pues el gesto de recuperar se orienta más a una perspectiva de reconstrucción vital de la temporalidad que a una disposición a reconstruir el tiempo vacío de la historiografía.

8. Se entiende en este texto la construcción de identidades socioculturales como aquel proceso de internalización, externalización y socialización de esquemas prácticos, reglas de comportamiento y relacionamiento que operan como generadores de formas de configuración humana subjetivas e intersubjetivas.

jugando fútbol dizque pa' que defendiéramos el barrio y ahora andan pagando por nosotros; en la feria o en las elecciones nos vienen a trastear pa' mostrar que están ayudando a los pobres, pero cuando hay algún problema nadie se aparece y nosotros somos lo peor; cuando llega aquí la gente desplazada la llevan a reuniones a tomarles fotos y declaraciones, pero después es uno como familiar que tiene que lidiar con el que llega. Entonces así no se puede, mucha falsedad en la sociedad, parece. Así quién cree en algo a lo serio. Por eso yo mejor tiro risa [...]

Ahora bien, ¿cómo situar esta complejidad urbana como instancia del conflicto social, más allá de la lógica funcional espacial de ser receptora del conflicto?

La idea extendidamente occidental de las ciudades como espacialización de la modernidad en la cual convergen los procesos y funciones productivos, político-administrativos y socioculturales se complejiza en la medida en que las ciudades se hacen a partir de procesos de poblamiento dinámicos y contradictorios que implican las lógicas de la praxis humana; asunto que rompe la cuadrícula cartesiana y la representación del mapa y el atlas, para generar configuraciones espacio-temporales en las cuales se redefinen y superponen constantemente procesos, funciones e identidades, tantos como actores y subjetividades circulan en el espacio urbano y que lo hacen en relación con el mundo rural que en Colombia ha sido escenario de disputas seculares, como huella de la apropiación de recursos materiales y de afianzamiento de pequeños poderes políticos.

Emerge así la territorialización, entendida como el habitar el espacio construyéndolo simbólicamente, y el poblamiento, considerado como aquellos trayectos colectivos que objetivan simbólicamente y materialmente modos de vida en dimensiones espacio-temporales, procesos estos que se hacen fundamentales en términos generales para comprender el recurrente peregrinar de las gentes del campo a las ciudades en una escena que se repite cíclicamente en el país como signo de una gran incapacidad para construir una sociedad viable, y, en particular, para reconocer los síntomas del malestar en la vida urbana y en la formación cultural de las ciudades en las cuales los sujetos populares sobreviven configurando, desde las luchas por la sobrevivencia, nuevas espacialidades y modos de vida.

Es bueno recordar, a partir de concesiones contemporáneas del espacio como las de Milton Santos (1994) y David Harvey (2001), cómo el poblamiento de las ciudades y sus formas urbanas sólo es posible comprenderlo en el marco de las acciones colectivas situadas históricamente a partir de luchas que son simbólicas, es decir, que corresponden a disputas por los términos de referencia de la experiencia; en ese sentido, los territorios urbanos emergen como campos de construcción social que se configuran en el entramado de luchas por la existencia y la coexistencia.

En ese orden de ideas, al aproximarnos a la comprensión de los escenarios urbanos contemporáneos se entiende que en los devenires de la formación de ciudades los procesos de poblamiento y territorialización son escenarios o campos prácticos en los cuales se construyen identidades, modos de vida y configuraciones sociales que se estructuran a la manera de objetivaciones históricas, formaciones sociales y expresiones de cultura urbana, siempre en lucha y en permanente ebullición.

Esta hipótesis del conflicto como elemento constitutivo de la vida social se puede situar, en el marco de la exploración sobre la memoria social y cultural que se adelanta en sectores populares urbanos, como eje de una reflexión sobre el proyecto de reconciliación de país con base en una política frente al conflicto urbano y a la desintegración social de las ciudades, lo cual implica señalar como aspecto nodal la necesidad de plantear propuestas colectivas para enfrentar el conflicto social, económico, político y cultural que se configura en nuestros territorios urbanos en la apertura del siglo XXI. Avanzando un poco más específicamente en la hipótesis, supone entonces que el proceso de poblamiento y la territorialización del espacio urbano que nos ocupa, guardan una profunda relación de tensiones, conflictos y luchas entre: a) las expresiones de un urbanismo global ligado a la productividad y la gobernabilidad contemporáneas que expresa las dinámicas del actual capitalismo metropolitano; b) las viejas tensiones socioculturales y políticas de las ciudades indianas, coloniales, republicanas y nacionales que heredamos con sus respectivas convenciones poscoloniales, disciplinares y de sujeción social; y c) los dramas de la descomposición de las culturas campesinas, étnicas, regionales y locales que se han producido en la recomposición urbana y rural del

país en épocas recientes a instancias de la actualización de nuestros beneméritos conflictos armados. Es posible, entonces, desde estos campos de tensión que emergen como factores que agencian la conflictividad y el malestar urbano, explorar la formulación de una política urbana para el país que se muestre como esperanza de reconciliación y rectificación.

En ese sentido, la búsqueda se inscribe también en la necesidad de encontrar un lugar de visibilidad de estas cuestiones en la agendas públicas que no se agota en los marcos del estrecho tratamiento del desplazamiento y de las víctimas individualizadas, sino que requiere un más allá que se inscribe en las políticas públicas para las ciudades colombianas que aborden, entre muchos otros aspectos, estrategias de des-marginalización e inclusión urbana, lo cual nos sitúa en un nuevo horizonte de demandas colectivas y de movilización social en Colombia, que pasa por la negociación del conflicto social y armado pero que requiere muchas más instancias para llegar a una agenda de país posible, desde la movilización social y el diálogo ciudadano.

En ese horizonte se supone, entonces, la expedición por la memoria socio-cultural del Distrito de Aguablanca con un ejercicio conversacional animado por preguntas sinceras para generar reflexiones que movilicen sentidos colectivos, un encuentro entre los nuevos actores sociales y movilización ciudadana; es decir, el encuentro con otros, en espacios y tiempos otros, para conversar reposadamente sobre los mundos de vida que arropan la experiencia rural-urbana de desplazamiento y reasentamiento en el oriente de la ciudad. Para eso puede ser necesario relativizar el objeto de estudio, para encontrarnos como sujetos en condiciones de diferencia y en planos desigualmente constituidos, para compartir preguntas y respuestas siempre provisionales ligadas a un esfuerzo político de visibilización, reconocimiento y empoderamiento; y en ese sentido, vale la pena situar algunas preguntas que circundan en lo recorrido hasta el momento: ¿Qué ha pasado con las múltiples negaciones, exclusiones, victimizaciones vividas por los sectores populares en su peregrinar entre desplazamientos rurales y poblamientos urbanos? ¿Qué lógica de reconciliación y rectificación social cabe en las ciudades teniendo en cuenta la creciente desigualdad que campea en nuestros implosionados espacios urbanos? ¿Dónde están los balances

y las responsabilidades evaluadas respecto a las dinámicas de constitución de ciudades en las últimas décadas en que el país se hizo fundamentalmente urbano? ¿Qué gestos podrían desencadenar un diálogo, una conversación de sociedad respecto a los modos de vida urbana en el país?

Para abordar asuntos como estos con base en el paradigma expuesto es fundamental una posición de escucha, aunque a veces nos sintamos desorientados, aunque a veces haya angustia; la escucha es un lugar para pararnos; seguramente la escucha es un buen inicio para que emerjan las preguntas. No se trata de llegar disparando preguntas por todo lado porque inmediatamente nos devuelven al cubículo con respuestas que no tocan ni por las curvas el mundo de los otros. Se trata de que las preguntas también nos encuentren en la conversación con los otros, que las preguntas sean un tesoro hallado en la comunicación y no que sean una convención para tocarnos y para escucharnos pero a lo lejos... ¿Con quién es la conversación? ¿Cómo nos instalamos en los tiempos y espacios de conversación con otros? Aquí se juega mucho del enfrentamiento con la violencia simbólica que se ejerce en el campo intelectual con respecto a los mundos sociales de vida que habitamos.

También, sin duda, se busca confrontar la intuición de que hay una memoria extensa más allá del paisaje local que viene viajando desde las serranías, los litorales, los poblados olvidados, los ríos, desplazamientos del campo a la ciudad, lo cual implica asumir lo que deja el siglo XX, la experiencia de urbanización del mundo, los aluviones migratorios con sus memorias que forman una contemporaneidad hecha cadena mundial de sinsentido en torno a las “ciudades globales”, considerando la memoria como posibilidad de crítica al presentismo, a la banalización y deshumanización de los tiempos y espacios en las arcadas del capitalismo metropolitano.

Abordar esta perspectiva crítica implica abordar el espejo de imágenes y los dialectos populares que son lengua en uso, como un campo de construcción de representaciones que va y viene en la constitución polifónica, polisémica y heteroglósica del mundo compartido (Bajtín, 2005), como un espacio dinámico de múltiples voces y sentidos que se anidan en la constitución de subjetividades que nunca son un gesto solipsista, que guardan

memoria y nos recuerda que somos con otros y que esos otros implican una relación con lo otro en la elipsis de lo urbano, como un fenómeno que está más acá y más allá de los Estados nacionales, a propósito del desplazamiento hacia y desde las ciudades: amerindias, indianas, coloniales y republicanas a las ciudades masivas y globales. Entablar sencillamente el diálogo con pueblos en su peregrinar que territorializan y reterritorializan, que mutan identidad y agencian sobrevivencias que son otros tiempos, otros espacios, otras formas de estar, sentir y conocer y que se enuncian como interculturalidad popular.

¿En qué otros horizontes se puede enunciar esta tarea?

- Y a propósito de la interdisciplinariedad, es clave abordar tareas como esta con una disposición a hacer balances que permitan situarnos investigativamente en lo disciplinar, pero también más acá, o sea antes, y más allá, después de lo disciplinar, en el reconocimiento de la pre-disciplina. Es decir, importa situaciones en la intuición de que antes que gafas disciplinares tenemos ojos. No hay un lugar, un lenguaje, una lógica de la memoria; estamos inscritos y a la vez gestionamos una relacionalidad que se constituye en núcleo de sentido, tatuado en la experiencia corporal que es siempre situacional y relacional.
- En la memoria como experiencia de subjetivación que implica una red corporal extensa, en una conversación sobre la intersubjetividad en relación, memoria en clave benjaminiana de acción de rememoración, en clave de diálogo sobre la configuración/des-configuración/reconfiguración de las corporalidades sociales. En un hacer que no olvida las tumbas de gentes humildes, un hacer que recuerda que estamos parados sobre los hombros de los vencidos, que no olvida que somos cuerpos en relación, en lucha y colaboración.
- En un hacer que recuerda la necesidad de no olvidar que esos que no dejan de vencer ya no tienen hombros, tienen andamios y grúas informáticas que alzándolos por encima del piso, no los dejan ver un panorama más allá del hipertexto que los coloniza... Más que una retórica sobre la memoria necesitamos un hacer colectivo a partir de la memoria. En ese sentido va la apuesta de hacer de la memoria un esfuerzo cultural y político agenciado por las organizaciones y la investigación de base popular.

Bibliografía

- Alcaldía de Santiago de Cali (2011). Estudio representativo de caracterización de la población desplazada. Colombia: Desepaz.
- BAJTIN, Mijail (2005). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza.
- BOURDIEU, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Argentina: Siglo Veintiuno.
- CHATTERJEE, Partha (2008). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Argentina: Siglo Veintiuno.
- De CERTEAU, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- _____ (2006). *La invención de lo cotidiano. 2 Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- _____ (2004). *La fábula mística. Siglos XVI-XVII*. México: Universidad Iberoamericana.
- DUREAU, Françoise y GOUËSET, Vincent (2007). "Introducción general". En: *Ciudades y sociedades en mutación, lecturas cruzadas sobre Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- ESCOBAR, Arturo (1996). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y reconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Norma.

- _____ (2005). *Más allá del Tercer Mundo, globalización y diferencia*. Colombia: Universidad del Cauca.
- GONZÁLEZ, Jesús Darío (2011). *Maestra Vida. Relatos de la parceria en la ciudad popular*. Colombia: Grupo de investigación PIRKA.
- _____ y SÁNCHEZ (2002). *Alfayma. Ciudad, conflicto y generaciones*. Colombia: Fundación Ciudad Abierta.
- MONSIVÁIS, Carlos (2000). *Aires de familia: cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona: Anagrama.
- NAVIA, Patricia y ZIMMERMAN, Marc (2004). *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo desorden mundial*. Argentina: Siglo Veintiuno.
- NIÑO R, Álvaro (2002). *La gesta del signo, hacia un semanálisis urbano*. Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- ROMERO, José Luis (1996). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- RICOEUR, Paul (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Argentina: Fondo de Cultura Económico de Argentina.
- WILLIAMS, Raymond (2001). *El campo y la ciudad*. Argentina: Paidós.